

# Domingo XVIII Tiempo Ordinario

*Eclesiastés 1, 2; 2, 21-23 Colosenses 3, 1-5. 9-11 Lucas 12, 13-21*

***“Aun en la abundancia, la vida de uno no está asegurada por sus bienes”***

*1 Agosto 2010 P. Carlos Padilla Esteban*

**“ASPIRAD A LOS BIENES DE ARRIBA, NO A LOS DE LA TIERRA”**

**La vida va muy rápido y el tiempo pasa sin darnos cuenta. Un escritor se cuestionaba:** “*Y yo me pregunto si tal vez la cultura del consumo, con su abundancia y su reemplazo incesante de mercancías, no causa una nostalgia de algo que encarne los valores absolutos o transmita cierta estabilidad espiritual*”<sup>1</sup>. Un granero lleno de trigo o un lugar de descanso con los días contados, no nos dan la estabilidad que necesitamos. La realidad es algo fugaz que pasa ante nuestros ojos y nosotros necesitamos un lugar seguro en el que dejar descansar el alma. Por eso el corazón se apega a menudo a las cosas, queriendo retener la promesa de infinito que encierran en su ser. Pero todo pasa y todo es fugaz. **¿Dónde reposa el alma? ¿Dónde encontramos el sustento que necesita el corazón?** En ocasiones llamamos eterno a lo caduco, queriendo convencernos de su infinitud. Pero la vida nos muestra infaliblemente que todo lo humano es caduco y pasajero, aunque lleve impreso en su ser una promesa de plenitud. Deseamos que lo bello sea eterno y que lo bueno nunca muera. La vida, una y otra vez, nos confronta con la finitud de nuestros actos, aunque todo tenga un eco en la eternidad a la que somos llamados. En este punto de nuestra reflexión nos encontramos ante la pregunta que sigue inquietando a tantos corazones: **¿no hay nada más allá de la muerte?** Y de nuevo nuestros ojos, en un intento por dejar la tierra, se elevan al cielo buscando respuestas. Y la fe nos hace dar un salto, nos hace dejar el granero lleno de trigo y emprender un vuelo a las cumbres más altas. Nos hace soñar con realidades que tan sólo intuimos y anhelamos aquí en la tierra. Es cierto, se trata del grito que brota en el alma, del deseo continuamente insatisfecho, del fuego que nos rompe las entrañas y habla de eternidad, y no de un mundo caduco que no nos llena. Por eso, siempre de nuevo, volvemos la mirada a lo alto, al corazón de Dios. **Allí debería estar nuestro centro, nuestro lugar de reposo definitivo, nuestra paz y la causa de nuestra alegría verdadera.**

**Sin ese centro, sin esa realidad viva, no tendrían sentido las palabras que Pablo Domínguez comentaba en su último retiro:** “*De todas las frases que pronuncia Violaine en esta obra, quiero resaltar una: “¿De qué sirve la vida sino es para darla?”*”<sup>2</sup>. La vida que tiene su último sentido en Dios, es una vida que ha surgido para ser entregada por amor y sólo cuando se entrega así merece la pena ser vivida. Así fue la vida de Violeta, en la obra La Anunciación de Paul Claudel. Se trata de una vida entregada, una vida que no se reservó, sino que se dio por entero. Al describir la vida de Violeta, Paul Claudel evoca la vida de Cristo, que nos da la vida a través de su muerte. Pensaba en esta frase al meditar las lecturas de este domingo que nos llevan a mirar a Dios como última meta de nuestro camino. Son una invitación a meditar sobre nuestra propia vida, porque todo es fugaz y

<sup>1</sup> Owe Wikström, “El elogio de la lentitud”, 21

<sup>2</sup> Pablo Domínguez, “Hasta la cumbre”, 59-60

vivimos casi sin darnos cuenta, sin tomarnos en serio nuestros actos y el tiempo que Dios nos regala para amar con todo el alma. *¿No es verdad que muchas veces nos guardamos la vida y no la entregamos por miedo a perderlo todo? ¿Acaso no estamos demasiado apegados a la tierra?* Hoy escuchamos: “*¡Vanidad de vanidades, dice Qohelet; vanidad de vanidades, todo es vanidad! Hay quien trabaja con sabiduría, ciencia y acierto, y tiene que dejarle su porción a uno que no ha trabajado. También esto es vanidad y grave desgracia. Entonces, ¿qué saca el hombre de todos los trabajos y preocupaciones que lo fatigan bajo el sol? De día su tarea es sufrir y penar, de noche no descansa su mente. También esto es vanidad!*” Eclesiastés 1, 2; 2, 21-23. Todo es vanidad; todo aquello por lo que nos afanamos y preocupamos día y noche es vanidad, es decir, no es tan importante como creemos. Nos angustian muchas cosas, perdemos la paz y el tiempo y nos agotamos en la vida; pero al final, todo pasa, todo es vanidad, todo desaparece para dar paso a la eternidad. *¿No es demasiado fugaz nuestra vida como para perder la paz preocupándonos por conservarla?*

**No obstante, lo cierto es que vivimos con los pies en la tierra y nos agobiamos e inquietamos continuamente pensando en el futuro.** Deseamos tener la vida asegurada por completo para que nada pueda sorprendernos. Sin embargo, *¿es realmente posible prever todos los imprevistos?* Es la paradoja de la vida: nos esforzamos con ahínco por asegurar el futuro, sabiendo que es imposible lograrlo. Porque, en realidad, lo tenemos muy claro: no podemos asegurar un día más de nuestra vida, no podemos evitar la muerte ni la enfermedad y las desgracias siempre nos sorprenden. Al final, nos inquietamos sin lograr los frutos deseados. En definitiva, todo es vanidad. **El salmo que hoy escuchamos expresa la actitud que desearíamos tener cada mañana:** “*Señor, tú has sido nuestro refugio de generación en generación. Tú reduces el hombre a polvo, diciendo: «Retornad, hijos de Adán.» Mil años en tu presencia son un ayer, que pasó; una vela nocturna. Los siembras año por año, como hierba que se renueva: que florece y se renueva por la mañana, y por la tarde la siegan y se seca. Enséñanos a calcular nuestros años, para que adquiramos un corazón sensato. Vuélvete, Señor, ¿hasta cuándo? Ten compasión de tus siervos. Por la mañana sáclanos de tu misericordia, y toda nuestra vida será alegría y júbilo. Baje a nosotros la bondad del Señor y haga prósperas las obras de nuestras manos.*” Sal 89, 3-4. 5-6. 12-13. 14 y 17. Todo muere en las manos de Dios y lo único verdadero es el amor que hemos sembrado en esta vida. Así nos lo recuerda **S. Ambrosio, quien aclara que después de la muerte sólo vence el amor:** “*Sólo la virtud es la que acompaña a los difuntos. Únicamente nos sigue la caridad, que es la que obtiene la vida eterna a los que mueren.*” Lo que nunca pasa, lo que no es vanidad, es el amor derramado, es la vida perdida por amor a otros. Pero se nos olvida y nos esforzamos inútilmente por lograr que nuestro nombre quede escrito en la tierra, sin tener en cuenta que donde tiene que quedar escrito es en el cielo. **Buscamos la vanidad de la gloria caduca, deseamos ser recordados y amados por todos los hombres y siempre, y olvidamos que el Dios nos llama a regalar nuestra vida por amor.**

**Se nos olvida el sentido de nuestra vida y por eso nos dedicamos a guardar y a almacenar:** “*Los campos de cierto hombre rico dieron mucho fruto; y pensaba: ¿Qué haré, pues no tengo donde reunir mi cosecha? Y dijo: Voy a hacer esto: Voy a demoler mis graneros, y edificaré otros más grandes y reuniré allí todo mi trigo y mis bienes, y diré a mi alma: Alma, tienes muchos bienes en reserva para muchos años. Descansa, come, bebe, banquetea.*” Pero Dios le dijo: “*¡Necio! esta misma noche te reclamarán el alma; las cosas que preparaste, ¿para quién serán?*” Así es el que atesora riquezas para sí, y no se enriquece en orden a Dios”. Lucas 12, 13-21. Para que entendamos cómo debemos actuar, Jesús habla en paráboles. Nuestra actitud es parecida a la del hombre del Evangelio. Nos da miedo el futuro y almacenamos, pensando en la posibilidad de perderlo todo un día. Es verdad lo que nos dice **S. Teofilacto:** “*¿Acaso te harán vivir más las riquezas? Porque es dudoso si llegarás a la vejez, para la que tanto atesoras*”. Sin embargo, nos olvidamos de ello y ponemos nuestra seguridad en los bienes, en las cosas del mundo que nos dan más paz que las del cielo. Y **S. Cirilo lo**

**expresa con otras palabras:** “*El rico no prepara graneros permanentes, sino caducos y, lo que es más necio, se promete larga vida*”. En este domingo nos preguntamos: **¿qué almacenamos en nuestros graneros? ¿Dónde ponemos nuestra seguridad?**

**Se nos olvida que debemos comportarnos como ciudadanos del cielo, porque sabemos que Cristo ha resucitado y ha vencido para la eternidad:** “*Ya que habéis resucitado con Cristo, buscad los bienes de allá arriba, donde está Cristo, sentado a la derecha de Dios; aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está con Cristo escondida en Dios. Cuando aparezca Cristo, vida nuestra, entonces también vosotros apareceréis, juntamente con él, en gloria. En consecuencia, dad muerte a todo lo terreno que hay en vosotros: la fornicación, la impureza, la pasión, la codicia y la avaricia, que es una idolatría. No sigáis engañándos unos a otros. Despojaos del hombre viejo, con sus obras, y revestíos del nuevo, que se va renovando como imagen de su Creador, hasta llegar a conocerlo. En este orden nuevo no hay distinción entre judíos y gentiles, circuncisos e incircuncisos, bárbaros y escita, esclavos y libres, porque Cristo es la síntesis de todo y está en todos*”. Colosenses 3, 1-5. 9-11. S. Pablo nos pide que demos muerte en nosotros a todo lo terreno, a ese hombre viejo que no nos deja soñar. Sin embargo, nos cuesta demasiado. Nos engañamos y nos dejamos seducir por nuestros pequeños ídolos, que se apropián de nuestra voluntad. **S. Agustín nos invita a vivir como si fuéramos a morir ese mismo día:** “*Si alguno vive como si hubiera de morir todos los días, porque es incierta nuestra vida por naturaleza, no pecará*”. Sin embargo, el pecado es parte de nuestro día y por eso nos resulta impensable vivir sin pecar. Somos esclavos y nos sentimos a gusto en nuestra esclavitud. Los pecados enumerados por S. Pablo nos parecen algo habitual: “*La fornicación, la impureza, la pasión, la codicia y la avaricia*”. Cada uno sabe cuál es su lista de esclavitudes. **Son ídolos que nos dan sólo una vida temporal y caduca, pero no la vida eterna que anhela el alma.**

**Es por eso que han resonado en mi alma en estos días, las palabras dichas por Dios al profeta Jeremías:** “*Si vuelves, te haré volver a mí, estarás en mi presencia; si separas lo precioso de la escoria, serás mi boca.*” Jer 15, 16. Ahora que llega el verano es el momento para volver la vista hacia atrás y agradecer a Dios por el curso que termina. Necesitamos descubrir la belleza en la escoria. Nuestra mirada está acostumbrada a destacar el defecto en la obra de arte, la fealdad en la belleza. Sin embargo, ante algo feo, duro, difícil, nos resulta complicado destacar la parte bella. No sabemos descubrir lo precioso debajo del barro. Es la verdadera sabiduría de vida que Dios nos regala la que nos permite ver lo bello. El tesoro escondido bajo la tierra nos pasa desapercibido cuando nuestros ojos son sólo humanos. Por eso necesitamos una nueva mirada, otros ojos, como los de Dios, que nos dejen alegrarnos por el paso de Dios en nuestra vida. El verano pasa con rapidez y no somos capaces de encontrar el tiempo necesario para rezar y meditar. Debería ser una ocasión para crecer en nuestra vida espiritual. Debería ser el momento en el cual, como matrimonio o personalmente, **pudiéramos detenernos y buscar los tesoros escondidos en el curso que ha terminado. Queremos encontrar el tesoro escondido bajo tierra.**

**Al mismo tiempo, para evitar que el verano nos asemeje demasiado con el mundo en el que vivimos, Dios nos invita a ser testigos tuyos. Las palabras dirigidas al profeta Jeremías son claras:** “*Que ellos se conviertan a ti, no te conviertas tú a ellos*”; Si nos llenamos de Dios, si hacemos del verano una ocasión para crecer en nuestra fe, lograremos que otros se conviertan a Dios. Por el contrario, si nos dejamos llevar por la corriente del mundo, nos asemejaremos al mundo. El mundo tira de nosotros con fuerza y nos hace sufrir y vivir sólo las cosas del mundo. Cuando penetraremos en nuestro interior y dejamos que el alma descance en Dios, podremos vivir con más distancia y paz los problemas y preocupaciones diarias. Por eso hoy deseamos que Dios haga vacaciones en nuestros corazones. Que Dios descance cuando nosotros descansamos. Muchas veces planificamos con pasión nuestro tiempo de vacaciones, **lo tenemos previsto todo**,

excepto el lugar que va a ocupar Dios en nuestro tiempo de descanso.

**José Luis Martín Descalzo** nos invita a vivir la vida con la mirada del niño que acaba de nacer: una mirada llena de asombro: "Habría que vivir siempre como si acabásemos de nacer. Vivir en el asombro como seres recién estrenados. Sólo entonces gozaríamos ante el milagro del sabor de la naranja, de la belleza de este paisaje que, ante nuestra casa, ya ni contemplamos". Sin embargo, no vivimos con asombro, sino casi con cierta desgana. Nos cuesta descubrir la belleza de cada día y nos recreamos en lo que nos hace sufrir. El asombro tiene lugar cuando la vida nos sorprende positivamente, cuando descubrimos lo bello en el dolor y en el barro que nos habla de cruz. Tener la capacidad para asombrarnos es un don de Dios y lo podemos perder cuando vivimos angustiados y sin paz. El asombro es propio de los niños que se alegran y maravillan ante cosas muy normales para los adultos. Lo malo es que perdamos esa capacidad, ese don, que nos alegra la vida y nos hace disfrutar cada momento como un regalo único de Dios.

El domingo pasado, al aprender a rezar con el padrenuestro, aprendimos que a Jesús tenemos que importunarle con nuestra preocupación de cada día. Es lo que escuchamos hoy en el Evangelio: "En aquel tiempo, dijo uno del público a Jesús: "Maestro, di a mi hermano que reparta la herencia conmigo." Él le respondió: "¡Hombre! ¿Quién me ha constituido juez o repartidor entre vosotros?" Y les dijo: "Mirad y guardaos de toda codicia, porque, aun en la abundancia, la vida de uno no está asegurada por sus bienes." Sin embargo, no siempre lo que pedimos es lo que nos conviene. En esta ocasión, tal vez como en muchas otras, la respuesta de Jesús nos sorprende. Ese hombre del público quería que Jesús hiciera algo y solucionase su problema. Su preocupación, sin embargo, no recibe la respuesta deseada. Es un arte saber pedirle a Dios por nuestras intenciones. Le pedimos por muchas cosas caducas que, con el tiempo, pierden valor e importancia. Jesús no nos soluciona la preocupación inmediata tal como nos gustaría, nos hace mirar a lo más alto. Como comenta S. Ambrosio: "Los hombres han de mirar más al patrimonio de la inmortalidad que al de las riquezas". Jesús lo que quiere es que no nos angustiemos con las preocupaciones del momento. No quiere que nos ahoguemos y perdamos la paz. Estamos llamados a poner nuestros ojos en Dios y a pedirle lo que realmente nos conviene, la vida eterna, la vida verdadera. Revestirnos del hombre nuevo es un camino que tenemos que emprender, liberándonos de todas nuestras ataduras.

Hoy pensaba en todo el tiempo que dedicamos a pensar en nuestra comodidad, en nuestros intereses y deseos. Pensaba que tal vez somos mucho más avaros de lo que quisiéramos. Nos cuesta vaciarnos y darnos por los demás. Por eso las palabras de S. Basilio nos tocan especialmente: "El alma avara nunca se ve llena. Y no queriendo dar los frutos antiguos por la avaricia, ni pudiendo recoger los nuevos por la abundancia, sus cuidados eran estériles. Prefiere morir de hartura a dar a los pobres lo que le sobra". Pensando en nuestro bien, nos olvidamos de las necesidades ajenas. Al mismo tiempo, siempre estamos insatisfechos, porque la vida no calma nuestra sed de infinito. Y añade: "Piensas tan poco en los bienes de tu alma, que ofreces a ésta los alimentos del cuerpo". Pensando en los bienes del cuerpo, nos olvidamos de los del alma. Nuestra alma se alimenta de Dios, sólo de Él. Cuando la alimentamos con los manjares del mundo, se va vaciando y secando.

**Lo que nos pasa es que nada nos llena. Vivimos de un lado a otro y el vacío permanece en nuestro interior.** El P. Kentenich nos invitaba a mirar siempre a María y a confiar en su compañía. Decía: "Queremos renovar nuestra alianza de amor, a fin de que ella se convierta en fuerza para la vida, en sentido para la vida y contenido para la vida"<sup>3</sup>. María ha de convertirse en la razón de nuestra existencia. Decía el P. Kentenich en el "Hacia el Padre":

---

<sup>3</sup> J. Kentenich, Lunes por la tarde, , 21, 148

*"Creo firmemente que nunca perecerá quien permanece fiel a su Alianza de Amor". Nuestra vida, en las manos de María, cobra nueva fuerza. Estamos llamados a vivir en plenitud. Para ello queremos ser propiedad de Dios, por manos de María. Hacemos nuestras las palabras de S. Estanislao de Kotska<sup>4</sup>: "Todo lo olvido y abandono con alegría con tal de pertenecer por entero a Dios". En plena juventud lo dio todo por seguir los pasos de Cristo pobre. Eso es lo mismo que hoy queremos hacer nosotros. Colocamos nuestra vida en manos de María, nos abandonamos en sus manos y en los planes de Dios y dejamos de almacenar seguridades. Vivir con la confianza plena de los niños es un don de Dios que tenemos que pedir cada mañana porque se nos olvida vivir así. María nos enseña a meditar todo lo que nos ocurre en el corazón y a caminar confiados.*

**El otro día leía una comparación interesante:** *"Como en el buceo, después de cierta profundidad tú sólo caes y el esfuerzo para volver a la superficie es mayor de acuerdo a la profundidad en que estés, ya que, tienes menos flotabilidad y mayor fuerza de gravedad de acuerdo a la profundidad"*. Pensaba que en nuestra vida es exactamente igual. Cuando caemos, cuando nos hundimos en nuestro pecado o esclavitud, cuando buscamos saciar el alma sólo con los bienes del mundo, cuesta más subir a la superficie, porque pesamos demasiado. No tenemos que huir del mundo, porque amamos el mundo y Dios nos ha puesto en él para santificarlo. Pero, amando el mundo, estamos llamados a subir más alto, a no dejarnos seducir y a soñar con lo más alto. No abandonamos el mundo, como nos recuerda el P. Kentenich: *"No queremos abandonar el mundo, no; porque no es ésa nuestra vocación. Estamos en el mundo, nos alegramos del mundo, pero nos servimos de él. No queremos quedar cautivos en las cosas del mundo"*<sup>5</sup>. Las decisiones las tomamos en el mundo, pero aliados con Dios y con nuestra Madre. S. Ignacio, en sus ejercicios, nos invita siempre a poner como fin de nuestras elecciones al mismo Dios: *"Porque primero hemos de poner por objeto querer servir a Dios, que es el fin y secundario tomar beneficio o casarme, si más me conviene, que es el medio para el fin; así ninguna cosa me debe mover a tomar los tales medios o a privarme de ellos, sino sólo el servicio y alabanza de Dios nuestro Señor y la salud eterna de mi alma"*<sup>6</sup>. Pone el centro en Dios, la meta y el fin de nuestra vida, para no caer en la esclavitud. Sin embargo, no siempre vivimos con libertad en el mundo. No flotamos y nos hundimos. Con frecuencia lo olvidamos y tomamos las decisiones de nuestra vida sin contar con Él, pensando sólo en la tierra. El fin último es Dios, no la tierra, porque hemos nacido para cosas superiores. Hemos nacido para llegar al corazón del Padre, y el mundo son sólo peldaños que nos han de llevar a lo más alto del cielo. Lo interesante es que, con el tiempo, nos acostumbramos a las profundidades y nos es muy difícil nadar hacia lo alto. Nos pesa el cuerpo y el mundo, pero nos gusta vivir así. La gravedad tira de nosotros hacia abajo y nos parece imposible algo distinto. Nos acostumbramos al pecado y a la mediocridad y olvidamos los sueños que antes nos hacían volar. *¿Vivimos en las profundidades? ¿Nos pesa mucho el mundo que tanto nos atrae?*

**Lo que nos define como personas son los ideales que viven en nuestro corazón.** Cuando tenemos claro lo que queremos ser, vivimos con una libertad nueva, con un corazón más pleno. Sin embargo, si no profundizamos en nuestra alma, si no nos dejamos tiempo para el silencio, para beber de las fuentes de nuestro interior, nuestra vida se irá secando y nos dejaremos llevar por la corriente. Si no vivimos lo que pensamos y creemos, acabaremos pensando tal como vivimos. Por eso hoy nos preguntamos: *¿dónde está anclado nuestro corazón? ¿Cuál es la idea central que mueve nuestro corazón? ¿Qué ideales inflaman el alma y nos hacen elevarnos sobre el mundo?*

---

<sup>4</sup> Novicio de la Compañía de Jesús, 1550-1568

<sup>5</sup> J. Kentenich, "Lunes por la tarde", 21, 150

<sup>6</sup> S. Ignacio de Loyola, Ejercicios espirituales, punto 169